

PRIMERA LECTURA

**Te dio un alimento
que ni tú ni tus padres conocían**

Lectura del libro del Deuteronomio 8, 2-3. 14b-16a

Moisés habló al pueblo diciendo:

«Acuérdate del largo camino que el Señor, tu Dios, te hizo recorrer por el desierto durante esos cuarenta años. Allí él te afligió y te puso a prueba, para conocer el fondo de tu corazón y ver si eres capaz o no de guardar sus mandamientos. Te afligió y te hizo sentir hambre, pero te dio a comer el maná, ese alimento que ni tú ni tus padres conocían, para enseñarte que el hombre no vive solamente de pan, sino de todo lo que sale de la boca del Señor.

No olvides al Señor, tu Dios, que te hizo salir de Egipto, de un lugar de esclavitud, y te condujo por ese inmenso y temible desierto, entre serpientes abrasadoras y escorpiones. No olvides al Señor, tu Dios, que en esa tierra sedienta y sin agua, hizo brotar para ti agua de la roca, y en el desierto te alimentó con el maná, un alimento que no conocieron tus padres.»

Palabra de Dios.

SALMO 147, 12-15. 19-20

R. ¡Glorifica al Señor, Jerusalén!

O bien:

Aleluia.

¡Glorifica al Señor, Jerusalén,
alaba a tu Dios, Sión!

El reforzó los cerrojos de tus puertas
y bendijo a tus hijos dentro de ti. **R.**

El asegura la paz en tus fronteras
y te sacia con lo mejor del trigo.
Envía su mensaje a la tierra,
su palabra corre velozmente. **R.**

Revela su palabra a Jacob,
sus preceptos y mandatos a Israel:
a ningún otro pueblo trató así
ni le dio a conocer sus mandamientos. **R.**

SEGUNDA LECTURA

Hay un solo pan. Todos nosotros, aunque
somos muchos, formamos un solo cuerpo

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los cristianos de Corinto 10, 16-17

Hermanos:

La copa de bendición que bendecimos, ¿no es acaso comunión con la Sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es comunión con el Cuerpo de Cristo? Ya que hay un solo pan, todos nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo Cuerpo, porque participamos de ese único pan.

Palabra de Dios.

SECUENCIA

*Esta secuencia es optativa y puede decirse íntegra desde * Este es el pan de los ángeles.*

Glorifica, Sión, a tu Salvador,
aclama con himnos y cantos
a tu Jefe y tu Pastor.

Glorifícalo cuanto puedas,
porque él está sobre todo elogio
y nunca lo glorificarás bastante.

El motivo de alabanza
que hoy se nos propone
es el pan que da la vida.

El mismo pan que en la Cena
Cristo entregó a los Doce,
congregados como hermanos.

Alabemos ese pan con entusiasmo,
alabémoslo con alegría,
que resuene nuestro júbilo ferviente.

Porque hoy celebramos el día
en que se renueva la institución
de este sagrado banquete.

En esta mesa del nuevo Rey,
la Pascua de la nueva alianza
pone fin a la Pascua antigua.

El nuevo rito sustituye al viejo,
las sombras se disipan ante la verdad,

la luz ahuyenta las tinieblas.

Lo que Cristo hizo en la Cena,
mandó que se repitiera
en memoria de su amor.

Instruidos con su enseñanza,
consagramos el pan y el vino
para el sacrificio de la salvación.

Es verdad de fe para los cristianos
que el pan se convierte en la carne,
y el vino, en la sangre de Cristo.

Lo que no comprendes y no ves
es atestiguado por la fe,
por encima del orden natural.

Bajo la forma del pan y del vino,
que son signos solamente,
se ocultan preciosas realidades.

Su carne es comida, y su sangre, bebida,
pero bajo cada uno de estos signos,
está Cristo todo entero.

Se lo recibe íntegramente,
sin que nadie pueda dividirlo
ni quebrarlo ni partirlo.

Lo recibe uno, lo reciben mil,
tanto éstos como aquél,
sin que nadie pueda consumirlo.

Es vida para unos y muerte para otros.
Buenos y malos, todos lo reciben,
pero con diverso resultado.

Es muerte para los pecadores y vida para los justos;
mira como un mismo alimento
tiene efectos tan contrarios.

Cuando se parte la hostia, no vaciles:
recuerda que en cada fragmento
está Cristo todo entero.

La realidad permanece intacta,
sólo se parten los signos,
y Cristo no queda disminuido,
ni en su ser ni en su medida.

* Este es el pan de los ángeles,
convertido en alimento de los hombres peregrinos:
es el verdadero pan de los hijos,
que no debe tirarse a los perros.

Varios signos lo anunciaron:
el sacrificio de Isaac,
la inmolación del Cordero pascual
y el maná que comieron nuestros padres.

Jesús, buen Pastor, pan verdadero,
ten piedad de nosotros:
apacientanos y cuídanos;
permítenos contemplar los bienes eternos
en la tierra de los vivientes.

Tú, que lo sabes y lo puedes todo,
tú, que nos alimentas en este mundo,
conviértenos en tus comensales del cielo,
en tus coherederos y amigos,
junto con todos los santos.

ALELUIA Jn 6, 51

Aleluia.

«Yo soy el pan vivo bajado del cielo.

El que coma de este pan vivirá eternamente», dice el Señor.

Aleluia.

EVANGELIO

**Mi carne es la verdadera comida,
y mi sangre, la verdadera bebida**

Evangelio de nuestro Señor Jesucristo según san Juan 6, 51-58

Jesús dijo a los judíos:

«Yo soy el pan vivo bajado del cielo. El que coma de este pan vivirá eternamente, y el pan que yo daré es mi carne para la Vida del mundo.»

Los judíos discutían entre sí, diciendo: «¿Cómo este hombre puede darnos a comer su carne?»

Jesús les respondió: «Les aseguro que si no comen la carne del Hijo del hombre y no beben su sangre, no tendrán Vida en ustedes. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene Vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día.

Porque mi carne es la verdadera comida y mi sangre, la verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él.

Así como yo, que he sido enviado por el Padre que tiene Vida, vivo por el Padre, de la misma manera, el que me come vivirá por mí.

Este es el pan bajado del cielo; no como el que comieron sus padres y murieron. El que coma de este pan vivirá eternamente.»

Palabra del Señor.

----- Exégesis-----

José María Solé – Roma, C.F.M.

DEUTERONOMIO 8, 2-3. 14-16:

El Deuteronomista profundiza sobre los hechos de la peregrinación del Desierto. Y encuentra en ellos ricas enseñanzas teológicas:

— Las muchas pruebas y sufrimientos del Desierto fueron un recurso pedagógico de Dios: «Reconoce que así como un Padre corrige a su hijo así te ha corregido Yahvé tu Dios» (5). En el Libro de la Sabiduría se da esta misma interpretación: «Les probaste como padre que corrige; les probaste y corregiste con misericordia» (Sab 11, 9). Israel, sometido a una larga serie de pruebas, aprendió humildad y sumisión a los planes de Dios y a su santa Ley, confianza y abandono a su Providencia. Los cuarenta años de peregrinación le humillaron, le purificaron, le forjaron.

— Una muestra evidente de la amorosa Providencia de Dios fue el prodigio del «maná» (3). El maná era el alimento cotidiano, la mesa que el Padre disponía a sus hijos. Al comer aquel alimento milagroso entendían claro cómo cuidaba de ellos su Padre del cielo y cómo debían ellos serles fieles. Aprendían que muy superior al pan que alimenta la vida corporal es el pan de la Palabra de Dios (3). Jesús recordará a sus Apóstoles cómo es éste su alimento (Jn 4, 34).

— Este «maná», signo y figura preciosa del que a nosotros nos alimenta, el Pan Eucarístico, queda así ponderado y explicado por el Sabio: «Alimentaste a tu pueblo con pan de ángeles; y les proporcionaste del cielo, sin fatiga, pan apropiado que poseía todo sabor, y amoldado a todo paladar. Este alimento tuyo demostraba a tus hijos tu dulzura; y amoldándose al deseo del que se presentaba, se cambiaba según el gusto que cada uno quería. Para que aprendieran tus hijos a quienes amaste, Señor, que no son las diversas especies de frutos las que alimentan al hombre, sino que es tu Palabra quien guarda a los que confían en Ti» (Sab 16, 20, 26). Si tal pudo decirse del maná, ¿qué diremos del Pan que a nosotros nos alimenta? Nuestro Pan sí que de verdad es la «Palabra» de Dios: el Verbo de Dios hecho carne. De Él nos alimentamos los que ahora en la Nueva Alianza formamos el Pueblo de Dios peregrinante.

1 CORINTIOS 10, 16-17:

San Pablo expone a los corintios los valores de la Eucaristía: Sacramento-Sacrificio, Sacramento-Banquete, Sacramento-Presencia de Cristo.

— «El cáliz que consagramos y el pan que partimos» son nuestro Banquete Sagrado. El banquete sagrado completaba siempre el sacrificio de una víctima. La Eucaristía es el Sacrificio de Cristo que místicamente se inmola por nosotros y se nos entrega en comida. Bebemos el cáliz y comemos el pan de la Eucaristía; y con esto entramos en comunión con Cristo (16). Y formamos con Él un único Cuerpo. Comulgar sin caridad es sacrilegio contra Cristo y contra su Cuerpo Místico.

— La Eucaristía es una actualización siempre nueva del único drama Redentor; es una realidad permanente fuera del tiempo, en la que nos es permitido participar efectivamente, aunque en forma sacramental. Porque participar en el misterio pascual es ponernos en comunión real con Cristo: morir con Él, resucitar con Él. Hay quien habla de la «contemporaneidad» de Cristo: «Los misterios de la Redención hagámoslos presentes» (Paulo VI: 9-IV-69).

QuiverusaeternusqueSacerdos, formara sacrificiiperennisinstituens, hostiam tibi se obtulitsalutarem, et nos, in sui memoriam, praecepitofferre (Praef)

— El *Novus Ordo Missae* nos torna a recordar este valor de Sacrificio-Banquete-Presencia real que tiene la Eucaristía: «En la celebración de la Misa, en la que se perpetúa el Sacrificio de la Cruz, Cristo está realmente presente: en la misma asamblea reunida en su nombre; en la persona del ministro; en su palabra; y de modo sustancial y continuo bajo las especies eucarísticas» (n 7). Y otra vez: «En la Última Cena, Cristo instituyó el Sacrificio y Banquete pascual, por el que el Sacrificio de la Cruz se hace continuamente presente en la Iglesia, cuando el sacerdote, actuando in Persona Cristi, hace lo mismo que el mismo Señor hizo y mandó a sus discípulos que hicieran en memoria suya» (48).

— A la vez subraya Pablo cómo este Sacramento, al unirnos con Cristo, nos une a todos en comunión (17). «La Eucaristía es el Sacramento de la plena unidad de la Iglesia: *Caritatisquasi figurativum et effectivum*» (Tom III, 83, 49; 97, 3, 6). Significa la caridad y la realiza: «La gracia específica de este Sacramento es precisamente la unidad del Cuerpo Místico. La Eucaristía es figura y causa de esta unidad» (Paulo VI: 25-V-67): *Quo venerabilimysteriotuosfidelesalendosanctificas, ut humanum gemís, quodcontinetunusorbis, una fidesilluminet, caritas una con jungat* (Praef.).

JUAN 6, 51-59:

El Discurso de Jesús en que se proclama «Pan de Vida» tiene su mejor clima en la Fiesta de Corpus:

— El «maná» del desierto era sólo signo y figura. Prefiguraba el de verdad «Pan del cielo» que Jesús, Nuevo Moisés, daría al Pueblo de la Nueva Alianza como viático de peregrinación: *Cujuscarnem pro nobisimmolatamdumsumimus, roboramur* (Praef.).

— Jesús no sólo nos da este «Pan». Él mismo es el Pan que todos debemos comer. Es nuestro Pan vivificante: como Palabra de Dios (35), como Víctima y Redentor (52), y como «Sacramento» en que nos va a dejar su carne y su sangre para alimento y vida de todos los redimidos (53-59): *Et fusum pro nobisanguinem, cum potamus, abluimur* (Praef.).

— Jesús intenta elevar a su zona—la espiritual— a sus oyentes. Estos, siempre a ras de tierra al principio, piensan sólo en pan material (34) y luego en un canibalismo repugnante (53. 61). La solución será la carne de Cristo glorificada (27. 63). Nos dará Jesús su carne hecha «Espíritu vivificante» (1 Cor 15, 45). La manducación es, sí, real, pero espiritual. Le comemos y le asimilamos con la fe y con el Sacramento (34. 35). El Verbo divino ya glorificado en su naturaleza humana (carne) es el vehículo por el que nos llega la vida divina (58). Es de verdad nuestro Rey.

SOLÉ ROMA, J. M., Ministros de la Palabra. Ciclo A, Herder, Barcelona, 1979, pp. 141-144

----- Comentario teológico -----

Carlos M. Buela, I.V.E.

El sacrificio de Jesucristo

Párrafo 2º. Memorial

También decimos que la Misa es el **memorial** (o memoria) de la Pasión del Señor.

El sacerdote es el hombre que hace el **memorial**.

De ahí que en todas las Plegarias eucarísticas se diga: «*Por eso, Padre, nosotros, tus siervos, y todo tu pueblo santo, al celebrar este **memorial** de la muerte gloriosa de Jesucristo...*»^[1]; «*Así, pues, Padre, al celebrar ahora el **memorial** de la muerte y resurrección de tu Hijo...*»^[2]; «*Por eso, Padre, al celebrar ahora el **memorial** de la pasión salvadora de tu Hijo*»^[3]; «*Por eso, Padre de bondad, celebramos ahora el **memorial** de nuestra redención, recordamos la muerte de Cristo...*»^[4]; «*Por eso, Padre de Bondad, celebramos ahora el **memorial** de nuestra reconciliación...*»^[5]; «*Así, pues, al hacer el **memorial** de Jesucristo... y celebrar su muerte y resurrección...*»^[6]; «*Señor, Dios nuestro, tu Hijo nos dejó esta prenda de su amor. Al celebrar, pues el **memorial** de su muerte y resurrección...*»^[7].

6. Distintos tipos de memorial

Hay tres tipos de memoriales:

1. El memorial mundano. Al estilo del Lincoln Memorial, el Jefferson Memorial, en Washington; o el Queen Victoria Memorial en Londres; o el memorial al holocausto a la Shoah levantado en Uruguay, son monumentos que nos recuerdan

hechos pasados. Si se lo compara con el memorial del Nuevo Testamento no son dos especies del mismo género, sino son dos géneros distintos.

2. En el Antiguo Testamento. De manera parecida, así entendían el memorial en el Antiguo Testamento (así lo entendieron los protestantes) como un mero recuerdo, pero en este caso, que de alguna manera actualiza el hecho pasado al ser como signo de la continua ayuda de Dios en el presente y promesa de futuras ayudas. Con más precisión, el memorial del Antiguo Testamento se relaciona con el memorial del Nuevo como lo imperfecto con lo perfecto.

Al memorial en el Antiguo Testamento se lo llamaba «zikkaron», palabra que los Orientales la tradujeron al griego con el término «anámnesis» (ajnav=de nuevo y mnh/si"=recuerdo). Ellos hacían memoria de las intervenciones milagrosas de Dios en el pasado, reviviéndolas de alguna manera, como ser:

- la salida de Egipto, con la comida ritual del Cordero Pascual (fiesta Pascual);
- la permanencia en el desierto, dejando la casa para vivir siete días en tiendas de campaña (fiesta de los Tabernáculos o de las Tiendas);
- la entrada en la Tierra Prometida, llena de frutos, ofreciendo a Dios las primicias de los mismos (fiesta de las Semanas o de las Cosechas, que era cincuenta días después de Pascua).

3. El Memorial en el Nuevo Testamento. La otra concepción de Memorial es la del Nuevo Testamento.

La Misa, en el momento de la Consagración, es un Memorial, pero con un elemento que lo caracteriza **esencialmente**. No es un mero recuerdo, sino que es un **recuerdo eficaz, que produce lo que recuerda**.

Aquí el Sacrificio de la Cruz del Señor **se perpetua** hasta el fin de los tiempos. Por eso enseña el Concilio de Trento: «**que la memoria (del sacrificio de la Cruz) se perpetuaría hasta el fin de los siglos**»(enseñanza que repite el Catecismo de la Iglesia Católica^[8]), en la Santa Misa.

Es lo mandado por el Señor: *Haced esto en memoria mía* (Lc 22,19; 1Cor 11,24) ¿Qué es «**hacer esto**»? Es convertir el pan en su Cuerpo entregado y el vino en su Sangre derramada; es hacer presente la transustanciación de la Cena y el Sacrificio de la Cruz. El sacerdote obrando *in persona Christi* hace lo que Cristo mandó y para lo que le dio el poder sacerdotal, por la imposición de manos: eso es hacer el **memorial**...se lo celebra para cumplir el mandato del Señor: *Haced esto en memoria mía* (Cuando se hace públicamente el **memorial**, se lo llama **conmemoración**).

Ahora bien, aunque toda la Misa es memorial, especialmente lo es la Plegaria eucarística o anáfora, y, **sobre todo**, es **memorial** en el sentido eficaz del Nuevo Testamento, la consagración en la que el sacerdote obra «*in persona Christi*».

2. El memorial de la consagración

¿Qué es lo que se hace en la consagración? En la consagración, al transustanciar separadamente el pan y el vino, se hacen dos cosas:

- a. La **inmolación**, o sea, el acto del sacrificio eucarístico; y,
- b. la **oblación**, es decir, el ofrecimiento del sacrificio;

Luego de la consagración se hace la aclamación memorial: «**Anunciamos tu muerte**», donde decimos con palabras lo que de hecho ocurrió en la doble consagración de la Sangre separada del Cuerpo. Este **anuncio** realizado con el hecho de la doble consagración, luego es expresado con las palabras de la aclamación memorial.

Por extensión, de lo ocurrido en la consagración, se llama **memorial** a la oración que sigue a la consagración, y que explicita, aún más, lo hecho.

Es decir, que son dos los momentos del Memorial: la inmólación y la oblación. Por eso dice el sacerdote: «*Al celebrar ahora el **memorial***», e inmediatamente, «*te ofrecemos...*», esto último, además del sacerdote ministerial, lo hacen los bautizados por medio del sacerdote y junto con él.

3. La inmólación^[9]

Distingue muy bien Santo Tomás entre *sacrificios*, *oblaciones* y lo que no es ni lo uno ni lo otro.

1º. Respecto a los sacrificios: «... se ha de decir que propiamente se dicen *sacrificios* cuando sobre las cosas ofrecidas a Dios se hace algo, como cuando se mataban los animales, como cuando el pan se parte, y se come, y se bendice. Y esto lo dice el mismo nombre, puesto que sacrificio se dice cuando el hombre “hace algo sagrado”».

2º Respecto a las oblaciones: «Pero se dice directamente *oblación* cuando se ofrece algo a Dios, aún cuando nada se hace sobre la cosa: como cuando se dice ofrecer dinero o panes en el altar, sobre los que no se hace nada, por donde todo sacrificio es oblación, pero no al revés. (En el *Comentario a los Salmos* enseña lo mismo: «Todo sacrificio es oblación, pero no toda oblación es sacrificio»^[10]). Las *primicias* son oblaciones porque eran ofrecidas a Dios como se lee en Deut 26, pero no eran sacrificios porque nada sagrado se hacía sobre ellas».

3º Sobre lo que no es ni lo uno ni lo otro: «Y los *diezmos*, propiamente hablando, no son sacrificios ni oblaciones, porque no se ofrece directamente a Dios sino a los ministros del culto»^[11].

Eso *más* que debe hacerse a la simple oblación para que llegue a ser sacrificio es la *inmolación* entendida en sentido amplio –como indican los ejemplos que pone Santo Tomás: –occisión para los animales; –consumisión para los alimentos; –efusión para los líquidos; –división y fracción para los sólidos, etc. Y la *inmolación* ha de realizarse de modo diverso, según que la víctima esté “en especie propia” –como en los ejemplos dichos–, o “en especie ajena”, como en el Cuerpo y Sangre de Cristo en la Misa.

Respecto al sacrificio incruento de la Misa, la Revelación pública y oficial de Dios, declara que hay *inmolación*: «Este es el cáliz de mi sangre que es derramada por vosotros» (cf. Lc 22,20; Mt 26,28; Mc 14,24). “*Ekchynnómenon*”, dice el texto griego, es decir, “derramada”.

O sea, que la sangre de Cristo, aunque contenida en el cáliz eucarístico, del cual no se derrama... ¡Es derramada! ¿Cómo puede ser? ¡Es derramada porque es misteriosamente separada del cuerpo!^[12].

Por eso, fundamentándose en la Revelación, el Concilio de Trento afirmó solemnemente: «En este divino sacrificio se contiene e *incruentamente se inmola* aquel mismo Cristo que una sola vez se ofreció Él mismo cruentamente en el altar de la Cruz»^[13]. E «...instituyó una Pascua nueva, que era él mismo, que *habría de ser inmolido* por la Iglesia por ministerio de los sacerdotes bajo signos visibles...»^[14].

Enseñaba Tertuliano, Cristo: «*es inmolido de nuevo*»^[15].

Y San Agustín: «...se *inmoló* una sola vez en sí mismo... sin embargo, en el sacramento *se inmola todos los días*»^[16].

San Pedro Crisólogo: «Este es el cordero que todos los días y perennemente es *inmolado* para ser nuestro banquete»^[17].

En la Plegaria Eucarística III: «...*por cuya inmoción*...».

Al estar, por razón de las palabras, bajo la especie de pan, sólo el Cuerpo, y bajo la especie de vino, sola la Sangre, se sigue que en la Eucaristía está vigente una misteriosa separación de la Sangre del Cuerpo, o sea, en cada Misa *hay una inmoción mística presente*: ¡*Por eso la Misa es “verdadero y propio sacrificio”*, como enseña el Concilio de Trento^[18]!

Además, la *inmoción mística presente* es memorial de la *inmoción cruenta pasada* del Calvario: ¡*Y así es la Misa sacrificio relativo al único sacrificio absoluto de la Cruz!*

Por tanto, en cada Misa: “*incruentamente se inmola*...”^[19] el mismo Jesucristo.

En la Santa Misa ocurre la misma *inmoción* realizada en la cruz, aunque en especie ajena. Jesucristo con su Sangre derramada y su Cuerpo entregado, o sea, Jesucristo en estado de víctima, se hace presente bajo las especies sacramentales. La *inmoción* ocurre en el momento de la transustanciación, que sólo la realiza Cristo por medio de su sacerdote ministerial. En este sentido enseña Pío XII: «Aquella *inmoción incruenta* con la cual, por medio de las palabras de la consagración, el mismo Cristo se hace presente

en estado de víctima sobre el altar, la realiza sólo el sacerdote, en cuanto representa la persona de Cristo, no en cuanto tiene la representación de todos los fieles»[20].

Como ya hemos dicho: Jesucristo instituyó de tal manera la Eucaristía, que en el momento de la doble consagración, es decir, de la transustanciación del pan y, separadamente, de la transustanciación del vino, por la fuerza de las palabras de la consagración, se pone directamente su Cuerpo bajo la especie de pan y su Sangre bajo la especie de vino. Esta separación sacramental de la Sangre de Cristo respecto de su Cuerpo es como su muerte o inmólación mística o incruenta, que como por imagen real representa, objetivamente, la muerte de Cristo en la cruz.

Entonces debemos considerar que Cristo al inmólarse ofrece «al Eterno Padre los deseos y sentimientos religiosos en nombre de todo el género humano»[21] y se ofrece como Víctima a nuestro favor: «Al ofrecer a Sí mismo en vez del hombre sujeto a culpa»[22]. La enseñanza del Apóstol: *Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo* (Flp 2,5) exige a los verdaderos discípulos de Cristo, que quieren participar de la mejor manera en el santo Sacrificio de la Misa, tres cosas:

1. Exige a todos los cristianos que reproduzcan en sí, en cuanto al hombre es posible, aquel sentimiento que tenía el Divino Redentor cuando se ofrecía en Sacrificio: «Es decir, que imiten su humildad y eleven a la suma Majestad de Dios la adoración, el honor, la alabanza y la acción de gracias»[23].
2. Exige que, de alguna manera, «adopten la condición de víctima, abnegándose a sí mismos según los preceptos del Evangelio, entregándose voluntaria y gustosamente a la penitencia, detestando y expiando cada uno sus propios pecados»[24].
3. Exige que nos ofrezcamos a la muerte mística en la Cruz juntamente con Jesucristo, de modo que podamos decir como San Pablo: *Estoy crucificado con Cristo* (Ga 2,19). Hasta poder llegar a ser: «Víctima viva para alabanza de tu gloria»[25].

En este sentido, participar de la Misa es subir todas las veces un poco más al Calvario, es aprender a victimizarnos con la divina Víctima, es crucificarnos un poco más con el Crucificado, es descubrir la importancia insustituible de morir a nosotros mismos como el grano de trigo, es inmólarlos a nosotros mismos como víctimas. Inmólación de nosotros mismos que no se reduce sólo al Sacrificio litúrgico, sino que, como quieren los Príncipes de los Apóstoles, debe ser en todo tiempo: *También vosotros, cual piedras vivas, entrad en la construcción de un edificio espiritual, para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios por mediación de Jesucristo* (1Pe 2,5) y *Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, que ofrezcáis vuestros cuerpos como una víctima viva, santa, agradable a Dios: tal será vuestro culto espiritual* (Ro 12,1).

Cuando se participa de la Misa con gran piedad y atención: «No podrá menos de suceder sino que la fe de cada uno actúe más vivamente por medio de la caridad, que la piedad dé fortaleza y arda, que todos y cada uno se consagren a procurar la divina gloria, y que, ardentemente deseosos de asemejarse a Jesucristo que sufrió tan acerbos dolores, se ofrezcan como hostia espiritual con su Sumo Sacerdote y por su medio»[26].

En el caso de las almas consagradas esta muerte debe ser más total, más perfecta, más delicada, más sustancial, más íntegra: «Debemos morir totalmente al propio yo. Hay tres momentos en la perfecta abnegación de sí mismo: la mortificación cristiana, el espíritu de sacrificio, y la muerte total al propio yo. A este tercer momento es muy difícil remontarse. Se logra mediante un trabajo permanente. Se trata de morir para vivir: *Estáis muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios* (Col 3,3). La vida de Cristo fue una muerte continua, cuyo último acto y consumación fue la Cruz. Por diversos grados de muerte se establece en nosotros la vida mística de Cristo: –muerte a los pecados, incluso a los más ligeros y a las menores imperfecciones; –muerte al mundo y a todas las cosas exteriores; –muerte a los sentidos y al cuidado inmoderado del propio cuerpo; –muerte al carácter y a los defectos naturales: no hablar u obrar según propio humor, o capricho, mantenerse siempre en paz y en posesión de sí mismo; –muerte a la voluntad propia y al propio espíritu: someter la voluntad a la razón, no dejarse llevar por el capricho o las fantasías, no obstinarse en el propio juicio, saber escuchar, estar siempre alegres con lo que Dios nos da; –muerte a la estima y amor de nosotros mismos: al amor propio; –muerte a las consolaciones espirituales, que un día Dios retira completamente, y al alma todo le molesta, todo le fastidia, todo le fatiga, la naturaleza grita, se queja, se enfurece; –muerte a los apoyos y seguridades con relación al estado de nuestra alma: experimentar el abandono de Dios; –muerte a toda propiedad en lo que concierne a la santidad: entera desnudez. Ya no se ven los dones, ni las virtudes, sólo los pecados, la propia nada»[\[27\]](#).

En la inmolación de Cristo en la Misa, adquieren su significado más profundo los votos religiosos que hacen que el religioso sea un verdadero holocausto[\[28\]](#), es decir, un sacrificio que se consume totalmente sin reservarse nada para sí.

También hay que decir que la Misa es un «*sacrificio vivo*»[\[29\]](#), o sea:

- no como los sacrificios del Antiguo Testamento que no daban la gracia;
- no como los sacrificios que terminan con la occisión de la víctima;
- es un sacrificio vivo, porque la víctima es gloriosa;
- porque se mantiene la oblación del Sacerdote principal;
- porque la Víctima permanece viva después de la inmolación;
- porque engendra vida y *vida en abundancia* (Jn 10,10), al aplicársenos los méritos del sacrificio de Cristo en la cruz
- porque **clama** en favor de la vida: al destruir los pecados y al promover el bien;
- porque el Sacerdote es eterno;
- en fin, porque es sacrificio de Aquel que es *la Vida*(Jn 14,6).

De ahí que todo verdadero participante de la Misa es un invicto defensor de la cultura de la vida. El sacrificio vivo impele, necesariamente, a defender la vida, a proclamar la vida, a celebrar la vida.

4. La oblación

Es un elemento esencial del sacrificio: «Todo sacrificio es oblación»[\[30\]](#). Es el **ofrecimiento** del sacrificio. De hecho se ofrece el sacrificio en el mismo momento de la consagración, o sea, en el mismo rito de la inmolación. El ofrecimiento a Dios de la Víctima se hace visible en el momento de poner el pan consagrado y el cáliz sobre el altar: «Mas al poner el sacerdote sobre el altar la divina víctima, la ofrece a Dios Padre como una oblación para gloria de la Santísima Trinidad y para el bien de la Iglesia»[\[31\]](#).

De hecho, este acto, se lo conoce con muy distintos nombres: Ofrecer, ofertorio, ofrecimiento, ofrenda, oblata, cosa ofrecida, oblación, etc. La oblación es el acto del sacrificio por el que se ofrece la Víctima a Dios.

Tres son los oferentes del Sacrificio de la Misa, como veremos por extenso más adelante.

5. Los bautizados ofrecen la Víctima

Los fieles por el Bautismo se configuran con Cristo sacerdote y por el **carácter** bautismal son consagrados al culto divino, participando de esa forma, a su manera, del sacerdocio de Cristo. Los bautizados ofrecen el Sacrificio por muchas razones, algunas más bien remotas:

1. Al asistir a los sagrados ritos alternan sus oraciones con las del sacerdote;
2. Al ofrecer a los ministros del altar el pan y el vino;
3. Al hacer con sus limosnas que el sacerdote ofrezca por ellos el Sacrificio.

Pero la razón más íntima **es que ofrecen la Víctima**. Este es el punto más importante de la participación de los fieles en el Sacrificio de la Misa.

6. En todas las Misas

Un laico, una religiosa, un sacerdote... que tuviese conciencia de que ofrece la Víctima de toda Misa vería eucaristizada toda su vida. ¡Nunca estaría solo! ¡Jamás se sentiría estéril! ¡Sería el mayor obrador de la paz! ¡Su vida tendría una plenitud inaudita! ¡Sería peregrino de todas las Iglesias, de todos los altares y de todos los sagrarios!

Es de destacar que esta participación en todas las Eucaristías válidas que se celebran incluye a todos los ritos (copto, armenio, maronita, ucranio...), pero aún de las Misas válidas que celebran los ortodoxos (griegos, rusos, coptos, armenios...).

Ésta es la grandeza del sacerdocio católico: **Hace el Memorial sacramental que realiza eficazmente lo que recuerda**, o dicho de otra manera, **hace el Memorial que causa lo que recuerda, de modo eficaz**.

Por eso en verdad la Eucaristía es un monumento del sacrificio de Cristo en la Cruz, pero un monumento vivo!, pleno, objetivo no-subjetivo, memorial litúrgico y sacramental, verdadera inmolación sacramental, que actualiza perennemente la gran obra de la Redención de los hombres.

(Buela, C., *Nuestra Misa*, EDIVE, San Rafael (Mendoza, Argentina), 2010, p. 127 – 139)

[1] *Plegaria Eucarística I*, 107.

[2] *Plegaria Eucarística II*, 120.

[3] *Plegaria Eucarística III*, 127.

[4] *Plegaria Eucarística IV*, 137.

[5] *Plegaria Eucarística V*, pág. 1039.

[6] *Plegaria Eucarística de la reconciliación I*, pág. 1063.

[7] *Plegaria Eucarística de la Reconciliación II*, pág. 1069.

[8] *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1366.

[9] Se han dado tres respuestas a la pregunta por la esencia del sacrificio. El rito esencial del sacrificio consiste:

1. –en la comunión;
2. –en la oblación; y
3. –en la inmolación.

Estas son, también, las respuestas sobre la esencia del sacrificio de la Misa. 1. Algunos la hacen consistir en **la comunión** como Francisco S. Renz, Santiago Bellord, Anselmo Stolz...

2. Otros, la hacen consistir en **la oblación** como G. Schmidt, Berulle, Mauricio De la Taille, Mario Lepin, Graneris...
3. La mayoría de los teólogos están en la línea del sacrificio-**inmolación** –que implica la oblación y que tiene a la comunión como parte integrante– con distintas variantes: Casel, Lugo, Franzelin, Buathier, Capello, Lamiroy, San Roberto Belarmino, San Alfonso de Ligorio, Suarez, Scheeben, Brinktrine, Lessio, Mercier, Nicolussi, Hugon, Vázquez, Goetzmann, Lebreton, Lesêtre, Coghlan...

Dentro de esta última línea, la doctrina de la **inmolación místico sacramental** es la que recibe más adhesiones: Billot, Labauche, Grimal, Van Noort, Michel, Tanquerey, Lercher, Hervé... Alastruey, Ansgario Vonier, Hérís, De Faulconnier, Augier, Diekamp,

Poschmann, Hoffmann, Masure, Filograssi, Roschini, Garrigou-Lagrange, Cordovani, A. Piolanti, G. Sartori, Ludwig Ott, etc. (Cfr. A. Piolanti, *El Sacrificio de la Misa...*, o.c., pp. 33–72).

[10] *In Psalm.* 39, n. 4.

[11] *S. Th.*, II–II, 85, 3, 3.

[12] Antonio Piolanti, *El sacrificio de la Misa...*, o.c., p. 30.

[13] DH 1743.

[14] DH 1741.

[15] *De pudicia* 9; *PL* 2, 1050.

[16] *Epis.* 98, 9; *PL* 33, 363.

[17] *Sermón* 5, 6: “*Hic est vitulus, qui in epulum nostrum cotidie aciugiter inmolatur...*”.

[18] DH 1751; Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1366; Juan Pablo II, *Eclessia de Eucaristia*, n. 13.

[19] DH 1743.

[20] Pío XII, *Carta Encíclica «Mediator Dei»*, n. 59. Colección de Encíclicas Pontificias, Editorial Guadalupe (Buenos Aires 1967) 1730.

[21] *Ibidem*, n. 52.

[22] *Ibidem*.

[23] *Ibidem*.

[24] *Ibidem*.

[25] *Plegaria Eucarística* IV, 137.

[26] Pío XII, *Carta Encíclica «Mediator Dei»*, n. 62, ed. cit., 1731.

[27] *Constituciones del Instituto «Servidoras del Señor y de la Virgen de Matará»*, 213.

[28] cfr. Santo Tomás de Aquino, *S. Th.*, II–II, 186, 1.

[29] *Plegaria eucarística* III, 127.

[30] Santo Tomás de Aquino, *S. Th.*, II–II, 85, 3, ad 3.

[31] Pío XII, Pío XII, *Carta Encíclica «Mediator Dei»*, n. 59, ed. cit., 1730.

San Agustín

El sacramento de la Eucaristía.

Tengo bien presente mi promesa. Os había prometido a los que habéis sido bautizados explicaros en la homilía el sacramento del Señor, que ahora ya veis y del que participasteis en la noche pasada. Debéis conocer lo que habéis recibido, lo que vais a recibir y lo que debéis recibir a diario.

Este pan que vosotros veis sobre el altar, santificado por la palabra de Dios, es el cuerpo de Cristo. Este cáliz, mejor, lo que contiene el cáliz, santificado por la palabra de Dios, es la sangre de Cristo. Por medio de estas cosas quiso el Señor dejarnos su cuerpo y sangre, que derramó para la remisión de nuestros pecados. Si lo habéis recibido dignamente, vosotros sois eso mismo que habéis recibido. Dice, en efecto, el Apóstol: *Nosotros somos muchos, pero un solo pan, un solo cuerpo*. He aquí cómo expuso el sacramento de la mesa del Señor: *Nosotros somos muchos, pero un solo pan, un solo cuerpo*. En este pan se os indica cómo debéis amar la unidad. ¿Acaso este pan se ha hecho de un solo grano? ¿No eran, acaso, muchos los granos de trigo? Pero antes de convertirse en pan estaban separados; se unieron mediante el agua después de haber sido triturados. Si no es molido el trigo y amasado con agua, nunca podrá convertirse en esto que llamamos pan. Lo mismo os ha pasado a vosotros: mediante la humillación del ayuno y el rito del exorcismo habéis sido como molidos. Llegó el bautismo, y habéis sido como amasados con el agua para convertirlos en pan. Pero todavía falta el fuego, sin el cual no hay pan, ¿Qué significa el fuego, es decir, la unción con aceite? Puesto que el aceite alimenta el fuego, es el símbolo del Espíritu Santo. Poned atención a lo que se lee en los Hechos de los Apóstoles; ahora comienza a leerse este libro; hoy comienza el libro denominado Hechos de los Apóstoles. Quien quiera progresar tiene cómo hacerlo. Cuando os reunís en la Iglesia, evitad las habladurías necias y prestad atención a la Escritura. Nosotros somos vuestros libros. Estad atentos, pues, y pensad que en Pentecostés ha de venir el Espíritu Santo. Y ved cómo vendrá: mostrándose en lenguas de fuego. Él nos inspira la caridad, que nos hará arder para Dios y despreocupar el mundo, quemará nuestro heno y purificará nuestro corazón como si fuera oro. Después del agua llega el Espíritu Santo, que es el fuego, y os convertís en el pan, que es el cuerpo de Cristo. Y así se simboliza, en cierto modo, la unidad.

He aquí el orden propio de los misterios. En primer lugar, después de la oración, se os exhorta a tener el corazón levantado. Es lo que conviene a los miembros de Cristo. Pues, si os habéis convertido en miembros de Cristo, ¿dónde está vuestra cabeza? Los miembros tienen una cabeza. Si la cabeza no hubiese ido delante, los miembros no le seguirían. ¿Adónde fue nuestra cabeza? ¿Qué habéis proclamado al recitar el símbolo? *Al tercer día resucitó de entre los muertos, subió al cielo y está sentado a la derecha del Padre*. Así, pues, nuestra cabeza está en el cielo. Por eso, cuando se os dice: *Levantemos el corazón*, respondéis: *Lo tenemos levantado hacia el Señor*. Y para que este tener el corazón levantado hacia el Señor no lo atribuyáis a vuestras fuerzas, a vuestros méritos, a vuestros

sudores, siendo un don de Dios, después que el pueblo ha respondido: *Tenemos nuestro corazón levantado hacia el Señor*, el sacerdote u obispo que hace de oferente continúa: *Demos gracias al Señor nuestro Dios*, por el corazón que tenemos en alto. Démosle gracias, porque, si él no nos lo hubiese concedido, lo tendríamos en la tierra. Y vosotros lo atestáis respondiendo: «*Es digno y justo que demos gracias a quien ha hecho que tengamos el corazón levantado hacia nuestra cabeza.*»

Luego, después de la santificación del sacrificio de Dios, puesto que él ha querido que nosotros mismos seamos su sacrificio, como lo demostró al establecer aquel primer sacrificio de Dios, y nosotros... —es decir, el signo de la realidad— lo que somos, he aquí que, cuando se ha terminado la santificación, decimos la oración del Señor, que habéis aprendido y recitado de memoria. A continuación de ella se dice: *La paz esté con vosotros*, y los cristianos se intercambian el ósculo santo, que es la señal de la paz. Tenga lugar en la conciencia lo que indican los labios; es decir, como tus labios se acercan a los de tu hermano, de idéntica manera tu corazón no debe alejarse del suyo.

Grandes son estos misterios; grandes en verdad. ¿Queréis saber cómo se nos confían? Dice el Apóstol: *Quien come el cuerpo de Cristo o bebe la sangre de Cristo indignamente, es reo del cuerpo y de la sangre del Señor*. ¿En qué consiste recibirlo indignamente? En recibirlo con desprecio, en recibirlo en plan de burla. No te parezca vil por el hecho de ser visible. Lo que ves pasa, pero lo que manifiesta, que es invisible, no pasa, sino que permanece. Ved que se le recibe, se le come, se consume. ¿Se consume, acaso, el cuerpo de Cristo? ¿Se consume, acaso, la Iglesia o los miembros de Cristo? En ningún modo. Aquí son purificados, allí son coronados. Por tanto, permanecerá lo que se significa aunque se vea pasar lo que lo significa. Recibidlo, pues, de manera que penséis en ello, mantengáis la unidad en el corazón y tengáis siempre vuestro corazón fijo en lo alto. No esté vuestra esperanza en la tierra, sino en el cielo; vuestra fe esté segura en Dios, sea agradable a Dios, pues lo que aquí creéis aunque no veis, lo veréis allí donde el gozo no tendrá fin.

SAN AGUSTÍN, *Sermones*(4º) (t. XXIV), Sermón 227, BAC Madrid 1983, 285-88

* * *

Discurso sobre el pan de vida

(*Jn6,56-57*)

1. Según hemos oído al leérsenos el santo evangelio, nuestro Señor Jesucristo nos exhortó a comer su carne y a beber su sangre, prometiéndonos la vida eterna. De los que habéis escuchado estas palabras, no todos las habéis entendido; pero los ya bautizados y fieles sabéis lo que dijo; en cambio, los que entre vosotros se

llaman catecúmenos u oyentes, lo oyen leer; mas ¿acaso han podido entenderlo? A unos y otros se dirige hoy este sermón. Los que ya comen la carne del Señor y beben su sangre, mediten lo que comen y lo que beben, no vayan, según el Apóstol, a comer y beber su propia condenación. Los que todavía no comulgan, apresúrense a venir a este banquete, al que se hallan invitados. En estos días, los magistrados reparten víveres; Cristo lo hace a diario; su mesa es aquella que se alza en el centro de la iglesia. ¿Por qué razón, catecúmenos, no os llegáis al banquete de la mesa que tenéis a la vista? Tal vez ahora mismo, mientras se leía el evangelio, decíais dentro de vosotros: «¿Qué significan las palabras: *Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida?* ¿Cómo se come la carne y cómo se bebe la sangre del Señor? ¿Entendemos nosotros lo que dice?» ¿Quién te cerró la puerta para que lo ignores? Está velado; más, si quieres, te será revelado. Haz la profesión y tendrás resuelta la cuestión. Los fieles ya entienden lo que dijo el Señor; tú, en cambio, te llamas catecúmeno, te llamas oyente, y eres sordo. Tienes abiertos los oídos del cuerpo, pues oyes las palabras que se dijeron; pero aún tienes cerrados los oídos del corazón, pues no entiendes lo que se ha dicho. No discuto; expongo llanamente la verdad. La Pascua está ahí; inscríbete para el bautismo. Si la festividad no te mueve a ello, muévate la curiosidad de saber lo que ha dicho: *Quien come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él.* Para saber lo mismo que yo, qué significa eso, llama, y se te abrirá. Y como te digo: «Llama, y se te abrirá», así llamo para que me abras; llamo a tu corazón haciendo sonar mis palabras en tus oídos.

2. Si deben ser exhortados los catecúmenos, hermanos míos, a que no dilaten venir a la gracia inmensa de la regeneración, ¿cuánta mayor solicitud no desplegaremos en disponer a los fieles para que les aproveche aquello a que se llegan, y así no coman ni beban estos manjares para su propia condenación? Para no comer ni beber en daño irremediable suyo, vivan bien; exhortadlos a ello, no de palabra, sino con vuestras costumbres, y así los que aún no recibieron el bautismo se apresuren a seguirnos; pero de modo que no mueran al imitaros. Los casados guardad la fe conyugal a vuestras mujeres y dadles lo que de ellas exigiáis. Exiges castidad a tu esposa; dale ejemplo, no consejos. Tú eres el guía, mira a dónde vas; debes ir por donde ella pueda seguirte sin peligro; aún más: debes andar por donde quieras ande tu mujer. Le pides fortaleza al sexo menos fuerte; ambos tenéis la concupiscencia de la carne; el más fuerte sea primero en vencerla. Sin embargo, doloroso es decir que muchos varones son aventajados por las mujeres. Guardan ellas castidad, y ellos no quieren guardarla; y en ese mismo no guardarla cifran ellos su dignidad de hombres, cual si la fortaleza del sexo consistiera en ser más fácilmente vencido por el enemigo. Es esto una lucha, un combate, una contienda. El varón es más fuerte que la mujer; *el varón es la cabeza de la mujer*; y la mujer lucha y vence, ¡y tú sucumbes ante el adversario! Se mantiene firme el cuerpo, ¡y la cabeza rueda por los suelos! Los que aún no tenéis mujer y, sin embargo, os acercáis a la mesa del Señor y coméis la carne de Cristo y bebéis su sangre, si habéis de casaros, reservaos para vuestras esposas. Tal como queréis vengan ellas a vosotros deben encontraros ellas. ¿Qué joven no quiere tomar una mujer casta? Y si ha de aceptar a una doncella, ¿quién no la desea intacta? La buscas intacta, sé tú intacto; la quieres pura, no seas tú impuro. No es ello posible para ella e imposible para ti; y de ser imposible para ti, también lo es para ella. Más ella

puede ser pura; luego su ejemplo te dice que no es imposible. Ella lo puede porque Dios la gobierna. Más glorioso fueras tú en hacer como ella. ¿Por qué más glorioso? Porque a ella la guarda la vigilancia de sus padres, el mismo rubor de su frágil sexo la refrena, y, en fin, teme las leyes que tú no temes. Luego, sí tú lo hicieras, serías más glorioso, porque, de hacerlo, es por temor de Dios. Ella tiene mucho que temer fuera de Dios, tú a Dios solamente, si bien ese a quien temes tú es mayor que todos. Y se ha de temer en público y en privado. ¿Sales? Te ve. ¿Entras? Te ve. ¿Alumbra la candela? Te ve. ¿Está apagada? Te ve; y te ve cuando entras en tu cuarto y cuando estás a solas en tu corazón. Teme, teme al que no te pierde de vista, y a lo menos sé casto por el temor; o bien, si quieres pecar, halla donde no te vea y haz allí tu voluntad.

3. Los que habéis hecho voto de pureza, castigad más severamente el cuerpo y no le dejéis la rienda suelta ni aun para lo permitido; en tal modo que os abstengáis no sólo de la unión ilícita, sino también de las lícitas miradas. Sea cualquiera vuestro sexo, acordaos los hombres y las mujeres de hacer sobre la tierra vida de ángeles. Los ángeles no se casan ni toman mujer, y tales seremos nosotros después de resucitados. ¡Cuánto mejores vosotros empezando a ser antes de la muerte lo que serán los hombres después de la resurrección! Sed fieles a vuestro estado, porque Dios guarda para vosotros honores especiales. Se ha comparado la resurrección de los muertos a las estrellas del cielo. *Una estrella del cielo se distingue de otra en el brillo*, según el Apóstol; *así también será la resurrección de los muertos*. No brillarán, pues, igual la virginidad, la castidad conyugal y la santa viudez. Brillarán diversamente, pero todas estarán allí. Ni es idéntico el esplendor, más el cielo será común.

4. Reflexionando, pues, sobre vuestra condición, guardando lo profesado, llegaos a la carne del Señor, acercaos a la sangre del Señor. Quien tenga conciencia de ser de otro modo, no se llegue. Compungíos más con mis palabras. Congratúlense los que saben guardar para su cónyuge lo que de su cónyuge exigen; y los que saben guardar una total continencia, si así lo han prometido a Dios; más quienes me oyen decir: «El que no guarde la castidad, no se llegue a este pan», se entristecen. Yo no querría decir esto; pero ¿qué hago? ¿He de silenciar la verdad por temor al hombre? Si esos siervos no temen al Señor, ¿voy a no temerle yo tampoco, cual si no supiera se ha dicho: *Siervo inútil y perezoso, tenías obligación de dar, para recibir yo lo mío con sus réditos?* Ya lo he dado, Señor y Dios mío; ya he dado tu dinero en tu presencia, y en presencia de tus ángeles y de todo el pueblo, porque temo tu juicio. He lo dado; exige tú. Aunque yo no lo diga, tú lo has de hacer. Yo mejor te digo: «Señor, lo he dado»; convierte tú, perdona tú... Haz castos a los que fueron impúdicos, para que juntos podamos alegrarnos delante de ti cuando vengas a juzgar al que dio y a los que lo recibieron. ¿Os agrada esto? Agrádeos de veras. Todos los impúdicos enmendaos ahora que vivís. Yo puedo hablaros la palabra de Dios, más a los impúdicos que perseveren en su maldad, no podré librarlos del juicio y de la condenación de Dios.

----- Aplicación -----

Benedicto XVI

Queridos hermanos y hermanas:

Después del tiempo fuerte del año litúrgico, que, centrándose en la Pascua se prolonga durante tres meses —primero los cuarenta días de la Cuaresma y luego los cincuenta días del Tiempo pascual—, la liturgia nos hace celebrar tres fiestas que tienen un carácter "sintético": la Santísima Trinidad, el Corpus Christi y, por último, el Sagrado Corazón de Jesús.

¿Cuál es el significado específico de la solemnidad de hoy, del Cuerpo y la Sangre de Cristo? Nos lo manifiesta la celebración misma que estamos realizando, con el desarrollo de sus gestos fundamentales: ante todo, nos hemos reunido alrededor del altar del Señor para estar juntos en su presencia; luego, tendrá lugar la procesión, es decir, caminar con el Señor; y, por último, arrodillarse ante el Señor, la adoración, que comienza ya en la misa y acompaña toda la procesión, pero que culmina en el momento final de la bendición eucarística, cuando todos nos postremos ante Aquel que se inclinó hasta nosotros y dio la vida por nosotros. Reflexionemos brevemente sobre estas tres actitudes para que sean realmente expresión de nuestra fe y de nuestra vida.

Así pues, el primer acto es el de reunirse en la presencia del Señor. Es lo que antiguamente se llamaba "statio". Imaginemos por un momento que en toda Roma sólo existiera este altar, y que se invitara a todos los cristianos de la ciudad a reunirse aquí para celebrar al Salvador, muerto y resucitado. Esto nos permite hacernos una idea de los orígenes de la celebración eucarística, en Roma y en otras muchas ciudades a las que llegaba el mensaje evangélico: en cada Iglesia particular había un solo obispo y en torno a él, en torno a la Eucaristía celebrada por él, se constituía la comunidad, única, pues era uno solo el Cáliz bendecido y era uno solo el Pan partido, como hemos escuchado en las palabras del apóstol san Pablo en la segunda lectura (cf. 1 Co 10, 16-17).

Viene a la mente otra famosa expresión de san Pablo: "Ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús" (Ga 3, 28). "Todos vosotros sois uno". En estas palabras se percibe la verdad y la fuerza de la revolución cristiana, la revolución más profunda de la historia humana, que se experimenta precisamente alrededor de la Eucaristía: aquí se reúnen, en la presencia del Señor, personas de edad, sexo, condición social e ideas políticas diferentes.

La Eucaristía no puede ser nunca un hecho privado, reservado a personas escogidas según afinidades o amistad. La Eucaristía es un culto público, que no tiene nada de esotérico, de exclusivo. Nosotros, esta tarde, no hemos elegido con quién queríamos reunirnos; hemos venido y nos encontramos unos junto a otros, unidos por la fe y llamados a convertirnos en un único cuerpo, compartiendo el único Pan que es Cristo. Estamos

unidos más allá de nuestras diferencias de nacionalidad, de profesión, de clase social, de ideas políticas: nos abrimos los unos a los otros para convertirnos en una sola cosa a partir de él. Esta ha sido, desde los inicios, la característica del cristianismo, realizada visiblemente alrededor de la Eucaristía, y es necesario velar siempre para que las tentaciones del particularismo, aunque sea de buena fe, no vayan de hecho en sentido opuesto. Por tanto, el Corpus Christi ante todo nos recuerda que ser cristianos quiere decir reunirse desde todas las partes para estar en la presencia del único Señor y ser uno en él y con él.

El segundo aspecto constitutivo es caminar con el Señor. Es la realidad manifestada por la procesión, que viviremos juntos después de la santa misa, como su prolongación natural, avanzando tras Aquel que es el Camino. Con el don de sí mismo en la Eucaristía, el Señor Jesús nos libra de nuestras "parálisis", nos levanta y nos hace "procedere", es decir, nos hace dar un paso adelante, y luego otro, y de este modo nos pone en camino, con la fuerza de este Pan de la vida. Como le sucedió al profeta Elías, que se había refugiado en el desierto por miedo a sus enemigos, y había decidido dejarse morir (cf. 1 R 19, 1-4). Pero Dios lo despertó y le puso a su lado una torta recién cocida: "Levántate y come —le dijo—, porque el camino es demasiado largo para ti" (1 R 19, 5. 7).

La procesión del Corpus Christi nos enseña que la Eucaristía nos quiere librar de todo abatimiento y desconsuelo, quiere volver a levantarnos para que podamos reanudar el camino con la fuerza que Dios nos da mediante Jesucristo. Es la experiencia del pueblo de Israel en el éxodo de Egipto, la larga peregrinación a través del desierto, de la que nos ha hablado la primera lectura. Una experiencia que para Israel es constitutiva, pero que resulta ejemplar para toda la humanidad.

De hecho, la expresión "no sólo de pan vive el hombre, sino que el hombre vive de todo lo que sale de la boca del Señor" (Dt 8, 3) es una afirmación universal, que se refiere a todo hombre en cuanto hombre. Cada uno puede hallar su propio camino, si se encuentra con Aquel que es Palabra y Pan de vida, y se deja guiar por su amigable presencia. Sin el Dios-con-nosotros, el Dios cercano, ¿cómo podemos afrontar la peregrinación de la existencia, ya sea individualmente ya sea como sociedad y familia de los pueblos?

La Eucaristía es el sacramento del Dios que no nos deja solos en el camino, sino que nos acompaña y nos indica la dirección. En efecto, no basta avanzar; es necesario ver hacia dónde vamos. No basta el "progreso", si no hay criterios de referencia. Más aún, si nos salimos del camino, corremos el riesgo de caer en un precipicio, o de alejarnos más rápidamente de la meta. Dios nos ha creado libres, pero no nos ha dejado solos: se ha hecho él mismo "camino" y ha venido a caminar juntamente con nosotros a fin de que nuestra libertad tenga el criterio para discernir la senda correcta y recorrerla.

Al llegar a este punto, no se puede menos de pensar en el inicio del "Decálogo", los diez mandamientos, donde está escrito: "Yo, el Señor, soy tu Dios, que te he sacado del país de Egipto, de la casa de servidumbre. No habrá para ti otros dioses delante de mí" (Ex 20, 2-3). Aquí encontramos el tercer elemento constitutivo del Corpus Christi: arrodillarse en adoración ante el Señor. Adorar al Dios de Jesucristo, que se hizo pan partido por amor, es el remedio más válido y radical contra las idolatrías de ayer y hoy. Arrodillarse ante la Eucaristía es una profesión de libertad: quien se inclina ante Jesús no puede y no debe postrarse ante ningún poder terreno, por más fuerte que sea. Los cristianos sólo nos arrodillamos ante Dios, ante el Santísimo Sacramento, porque sabemos y creemos que en

él está presente el único Dios verdadero, que ha creado el mundo y lo ha amado hasta el punto de entregar a su Hijo único (cf. Jn 3, 16).

Nos postramos ante Dios que primero se ha inclinado hacia el hombre, como buen Samaritano, para socorrerlo y devolverle la vida, y se ha arrodillado ante nosotros para lavar nuestros pies sucios. Adorar el Cuerpo de Cristo quiere decir creer que allí, en ese pedazo de pan, se encuentra realmente Cristo, el cual da verdaderamente sentido a la vida, al inmenso universo y a la criatura más pequeña, a toda la historia humana y a la existencia más breve. La adoración es oración que prolonga la celebración y la comunión eucarística; en ella el alma sigue alimentándose: se alimenta de amor, de verdad, de paz; se alimenta de esperanza, pues Aquel ante el cual nos postramos no nos juzga, no nos aplasta, sino que nos libera y nos transforma.

Por eso, reunirnos, caminar, adorar, nos llena de alegría. Haciendo nuestra la actitud de adoración de María, a la que recordamos de modo especial en este mes de mayo, oramos por nosotros y por todos; oramos por todas las personas que viven en esta ciudad, para que te conozcan a ti, Padre, y al que enviaste, Jesucristo, a fin de tener así la vida en abundancia. Amén.

Homilía del **Papa Benedicto XVI** en el atrio de la Basílica de San Juan de Letrán el
jueves 22 de mayo de 2008

San Alberto Hurtado

La Eucaristía

¿Cuál es, hermano, la aspiración suprema del hombre, no digo de cual o tal persona determinada, sino del género humano como tal? La posesión del bien; de todos los bienes; del Sumo Bien. El hombre desde sus comienzos ha aspirado a ser Dios. Esta búsqueda de la divinidad ha movido sus actividades como la luna las mareas. Si alguna filosofía no tiene esta preocupación religiosa, como el existencialismo sartriano y antes el epicureísmo y el estoicismo, su visión de la vida será necesariamente triste y vacía. Esta ansia de divinidad en el hombre no nace de una pura especulación intelectual, sino que es un recuerdo inconsciente de la historia de la humanidad. Dios hizo divino al hombre. Esta vida divina estaba en él como en germen, como en una semilla que debía florecer. El primer hombre era feliz: tenía paz, paz consigo mismo, paz con la naturaleza. Una tentación podía asaltarlo, y de hecho lo asaltó y lo venció: quiso ser Dios, no por gracia de lo alto, sino por sus propias fuerzas. Quiso independizarse de la voluntad divina. Ser autónomo como Dios. El hombre se retiró de Dios para ser Dios por sus propios medios, y la vida divina que se escondía en él desapareció de su alma, y el hombre se encontró hombre y nada más que hombre.

Durante muchos siglos la humanidad ha tratado de reconquistar la divinidad perdida. Lo ha intentado por la violencia pretendiendo dominar al mundo y reducirlo a la esclavitud.

Mujeres, jóvenes y niños han sido sus víctimas, pero al fin no podía menos de decir: ¡mañana moriremos ! Otros pretendieron divinizarse por la sabiduría: estudiaron y discutieron, y al fin desesperados, llegaron a dudar de la existencia de todo saber: tal es el escepticismo antiguo, el pragmatismo y el relativismo de nuestros días.

Almas más nobles comprendieron que si el hombre no podía solo llegar hasta Dios; quizá Dios querría bajar hasta él. Para conseguirlo, le ofrecieron sus mejores dones para recordar a Dios que comprendían sus debilidades, sus faltas, sus pecados. Segregaron hombres que sirvieran de intermediarios entre ellos y Dios: los llamaron sacerdotes. Su misión era el sacrificio. Esta tentativa tampoco tuvo resultado, pues el sacerdote era un hombre como los demás y no podía unirlos con Dios. El altar del sacrificio no era Dios, sino un puro símbolo. La víctima ofrecida jamás fue precio digno para redimir al hombre de la ofensa hecha al propio Dios. Las religiones todas, antes de la venida de Jesús, fueron una hermosa aspiración de unir al hombre con Dios, pero nada más. Esa unión no se lograba. La raza humana necesitaba un Salvador y los hombres cumbres de los antiguos pueblos griegos y romanos, vislumbraban esa verdad que había sido confiada al pueblo hebreo y que sus profetas recordaban con insistencia.

Ese Salvador, Dios en su misericordia, nos lo concedió. La segunda persona de la Santísima Trinidad se encarnó y la benignidad de Dios apareció en carne humana. En Jesús tenemos un hombre de nuestra raza que es a la vez Dios; tenemos un altar en que ofrecer un sacrificio: el Cuerpo de Cristo unido a la divinidad. Tenemos una víctima de valor divino y que los hombres pueden ofrecer por sí mismos, porque es uno de ellos. El sacrificio de Cristo, Jefe de la humanidad, salvará la humanidad. La suprema aspiración del hombre, ser Dios, podrá realizarse. Unidos nosotros a Él participaremos de la vida divina, oculta en esta tierra, sin velos en la gloria, herencia de los hijos, de los hermanos de Jesús, el Primogénito del Padre.

El supremo sacrificio de Cristo fue su inmolación en la cruz, el Viernes Santo, por la humanidad. Su Sangre redentora nos libró del pecado y nos abrió las puertas del Cielo. Pero la noche antes de su pasión, Jesús quiso anticipar místicamente su inmolación. En el momento solemne de la cena pascual tomó el pan y lo bendijo dando gracias a su Padre Dios. En seguida tomó el vino y lo cambió en su propia sangre, sangre que iba a ser derramada por los pecados del mundo. Y en virtud de sus palabras, Jesús que consagraba, estaba a la vez presente en ese pan y en ese vino que nosotros en adelante podríamos ofrecer al Padre de los cielos como el verdadero sacrificio de la humanidad. Por eso nos dice solemnemente: "Haced esto en memoria mía" (Lc 22,19). La Iglesia desde entonces ha estimado que la Eucaristía tiene la gracia de las gracias: Dios presente en nuestros altares para ser ofrecido por nosotros, para ser recibido en nuestras almas y unirnos a Él. La suprema aspiración del hombre, ser Dios, está por fin realizada. Dios en la persona de su Hijo hecho hombre nos asimila, nos transforma en Él, nos permite participar de su vida. Esta vida la recibimos en semilla, no en flor, la flor vendrá el día de nuestra resurrección, participación de la resurrección de Cristo.

Con el sacrificio de Cristo nace una nueva raza, raza que será Cristo en la tierra hasta el fin del mundo. Los hombres que reciben a Cristo se transforman en Él. "Vivo yo, ya no yo, Cristo vive en mí", decía San Pablo (Gál 2,20), y vive en mi hermano que comulga junto a mí, y vive en todos los que participamos de Él. Formamos todos un solo Cristo. Vivimos su vida, realizamos su misión divina. Somos una nueva humanidad, la humanidad en Cristo. Estrechamente unidos, más que por la sangre de familia, por la

sangre de Cristo formamos el Cuerpo místico de Cristo, y en Cristo y por Cristo y para Cristo vivimos en este mundo.

De aquí nuestro profundo optimismo, nuestro sentido de triunfadores, pues en Cristo hemos iniciado la victoria que iremos completando cada uno de nosotros y será perfecta al final de los tiempos.

La Eucaristía es el centro de la vida cristiana. Por ella tenemos la Iglesia y por la Iglesia llegamos a Dios. Cada hombre se salvará no por sí mismo, no por sus propios méritos, sino por la sociedad en la que vive, por la Iglesia, fuente de todos sus bienes. ¡Qué débil aparece el socialismo y el comunismo frente a esta visión tan estupenda de la unidad cristiana!

Por la Eucaristía-sacramento, descienden sobre los fieles todas las gracias de la encarnación redentora; por la Eucaristía-sacrificio, sube hasta la Santísima Trinidad todo el culto de la Iglesia militante. Sin la Eucaristía, la Iglesia de la tierra estaría sin Cristo.

Por la Eucaristía, esta tierra de la encarnación se hizo el centro del mundo.

Por ella, el Hijo permanecerá entre nosotros no por unos cuantos años fugitivos, sino para siempre. Mediante la Eucaristía, Cristo permanece siempre presente en medio de su Pueblo, para acabar por su Iglesia.

A la vista de la creación, Dios piensa siempre en su Hijo. Él es la imagen del Dios invisible, el Primogénito de toda creatura, el principio y el fin de todas las cosas, en la tierra, en el cielo y hasta en los infiernos. Por Él todo ha sido creado: las cosas visibles e invisibles: los tronos, las dominaciones, los principados, las potestades... (cf. Col 1,16); Plugo al Padre hacer residir en Él toda plenitud, reconciliar todas las cosas por Él y en Él, que ha pacificado por su sangre derramada sobre la cruz todo lo que está en la tierra y en los cielos. Dios no ve el mundo sino a través de Cristo. La Eucaristía es el medio para unirnos a Él, es la colocación a nuestro alcance de todos los beneficios de la encarnación redentora.

Toda la obra de Cristo se perpetúa en el mundo por la Hostia: mediante ella desciende la vida a las almas y eleva las almas hasta Dios. La Comunión realiza este descenso de la Trinidad hasta los hombres por Cristo. El sacrificio de la Misa eleva los hombres identificados con el Hijo, hasta el Seno del Padre.

La presencia real, la razón, los sentidos, nada ven en la Eucaristía, sino pan y vino, pero la fe nos garantiza la infalible certeza de la revelación divina; las palabras de Jesús son claras: "Este es mi Cuerpo, esta es mi Sangre" y la Iglesia las entiende al pie de la letra y no como puros símbolos. Con toda nuestra mente, con todas nuestras fuerzas, creemos los católicos, que "el cuerpo, la sangre y la divinidad del Verbo Encarnado" están real y verdaderamente presentes en el altar en virtud de la omnipotencia de Dios.

El cuerpo y el alma de Cristo, permanecen inseparablemente unidos a la persona del Verbo, el cual nos trae al Padre y al Espíritu, en la indivisible unión de la Trinidad. Todo el misterio del Verbo encarnado está contenido en la Hostia, con los encantos inefables de la humanidad y la infinita grandeza de la divinidad, una y otra veladas.

In cruce latebat sola Deitas

At hic latet simul et humanitas.

El Cristo Eucarístico se identifica con el Cristo de la historia y de la eternidad.

No hay dos Cristos sino uno solo. Nosotros poseemos en la Hostia al Cristo del sermón de la montaña, al Cristo de la Magdalena, al que descansa junto al pozo de Jacob con la samaritana, al Cristo del Tabor y de Getsemaní, al Cristo resucitado de entre los muertos y sentado a la diestra del Padre. No es un Cristo el que posee la Iglesia de la tierra y otro el que contemplan los bienaventurados en el cielo: ¡una sola Iglesia, un solo Cristo!

¡Qué bien expresa esta doctrina el Ave Verum!:

"Te saludo, verdadero Cuerpo nacido de María Virgen,

Que verdaderamente ha sufrido

Y ha sido inmolado en la cruz por el hombre.

Cuyo costado traspasado manó sangre y agua

Haz que te gustemos

En la prueba de la muerte.

¡Oh dulce Jesús!

¡Oh Jesús lleno de bondad!

¡Oh Jesús Hijo de María! Amén".

Esta maravillosa presencia de Cristo en medio de nosotros, debería revolucionar nuestra vida. No tenemos nada que envidiar a los apóstoles y a los discípulos de Jesús que andaban con Él en Judea y en Galilea. Todavía está aquí con nosotros. En cada ciudad, en cada pueblo, en cada uno de nuestros templos; nos visita en nuestras casas, lo lleva el sacerdote sobre su pecho, lo recibimos cada vez que nos acercamos al sacramento del Altar.

Como dice un distinguido teólogo nuestras manos de sacerdotes y nuestros labios de comulgantes pueden tocar la humanidad de Cristo, su carne dolorida en la cruz, sus nervios y sus huesos molidos, su cabeza, otrora coronada de espinas. El Crucificado está aquí y nos espera y nos espera.

La misma sangre redentora fluye sobre todas las generaciones que pasan. El alma de Cristo está en la Hostia. Todas sus facultades humanas conservan en ella la misma actividad que en la Gloria. Nada escapa a la mirada comprensiva de Cristo: ni el mundo de los espíritus ni la creación material, ni el movimiento más imperceptible de las almas en el Cielo, en la tierra y hasta en los infiernos.

La vida Eucarística de Jesús es una vida de amor. Del corazón de Cristo, sin cesar, suben al Padre los ardores de una caridad infinita. La Trinidad encuentra en el Cristo de la Hostia, una gloria sin medida y sin fin.

¡Qué cierta resulta la palabra de Jesús dirigida a nosotros, con tanta razón como a los judíos: En verdad, en verdad, hay alguien en medio de nosotros que vosotros no conocéis (cf. Jn 14,6-9). Absorbidos por nuestros negocios y por el torbellino de la vida ¿quién piensa que junto a nosotros está el Dios Redentor? Él ha venido a los suyos y los suyos no lo han conocido!

El Verbo nunca está solo, el Padre y el Espíritu permanecen siempre con Él.

"¿No creéis que yo estoy en el Padre y que el Padre está en mí?" (Jn 14,10).

Toda la vida de la Trinidad está en la Hostia.

"Cristo da a cada hombre en particular la misma vida de la gracia que ha comunicado al mundo por su advenimiento visible", enseña Santo Tomás. Si tuviésemos fe, los milagros del Evangelio serían hechos cotidianos. El Cristo de Tiberíades seguiría irguiéndose sobre las olas para apaciguar la tempestad en nuestras almas. En nuestros momentos de dolor oiríamos la misma voz del Salvador: Vosotros los fatigados y extenuados venid todos a mí (cf. Mt 11,28). "Si alguien tiene sed que venga a Mí y beba" (Jn 7,37). Una sola condición se requiere: tener sed.

De la Eucaristía, espera la Iglesia para sí y para cada uno de sus fieles, fuerza victoriosa para todas las situaciones de su vida militante, aún en los días del anti-Cristo.

Al contacto de la carne de Cristo, el hombre se hace puro, las pasiones animales no dominan ya su vida. El Cristo virgen le enseña a vivir en la carne, superando la carne. En nuestra época corrompida hay sin embargo, tal vez como en ninguna otra época de la historia, multitud de jóvenes de ambos sexos que crecen puros porque comulgan con frecuencia. Llevan a Dios en su cuerpo como en un templo vivo de la Trinidad. ¡Cuántas confidencias de estudiantes, de obreros, de empleados, de hombres de los medios más diversos nos revelan que la pureza del mundo es un milagro de la Hostia! El Cristo de la Eucaristía virginiza las almas y si han perdido la pureza, se las retorna tan inmaculada como en los santos. El ser manchado, pero arrepentido, que se acerca con humildad pero con amor al Cristo de Magdalena, siente en él una fuerza inmensa para luchar contra las fuerzas del pecado.

La Hostia deposita en nuestro cuerpo mortal un germen de inmortalidad "¡Quien come mi carne y bebe mi sangre posee la vida eterna y yo le resucitaré en el último día!" (Jn

6,54). Como nos lo revela San Pablo, el Señor Jesús transformará nuestro cuerpo vil y abyecto haciéndolo conforme a su Cuerpo Glorioso (cf. Flp 3,21).

La sangre de Cristo virginiza no sólo el cuerpo, sino también el alma con la pureza de Jesús. Él obra una purificación a veces total de las faltas pasadas, de la pena debida a los extravíos y aún de las tendencias viciosas o mal sanas que en nosotros persisten después del pecado. Más aún, al acercarnos al Cristo del altar como al Cristo en la Cruz, sentiremos desarrollarse en nosotros el espíritu de sacrificio, esencia del Evangelio: "Si alguno quiere venir en pos de Mí que tome su cruz todos los días y que me siga" (Mt 16,24). Un alma permanece superficial mientras que no ha sufrido. En el misterio de Cristo existen profundidades divinas donde no penetran por afinidad sino las almas crucificadas. La auténtica santidad se consume siempre en la cruz. Muchos cristianos se quejan de la tibieza de sus comuniones, del poco fruto que obtienen de su contacto con Cristo. Olvidan que la verdadera preparación a la Comunión no se reduce a simples actos de fervor, sino que consiste principalmente en una comunión de sufrimientos con Jesús. El que quiere comulgar con provecho, que ofrezca cada mañana una gota de su propia sangre para el cáliz de la redención.

Hermanos: he aquí el inmenso don que Jesús dejó al alcance de nuestras almas. La gran palanca para su santificación, el medio más eficaz para realizar la divinización de nuestras vidas. Mañana como en Pentecostés, descenderá el Espíritu Santo más copiosamente a nuestros espíritus. Que Él nos haga claro el sentido de las palabras de Jesús, que Él nos dé a entender que Jesús nos llama y nos aguarda y que depuesto todo fútil razonamiento nos acerquemos mañana y nos sigamos acercando todos los días de nuestra vida a reavivar nuestra alma en la sangre del Cordero, hasta el día glorioso en que nos unamos con Él en la gloria del Padre Amén.

San Alberto Hurtado, *Un disparo a la eternidad*, pp. 296-302

San Juan de Ávila

¡Dios nos libre de comulgar mal!

Y así como quien no comulga debe guardarse de juzgar ni impedir al que comulga, así el que comulga mirará mucho cómo comulga, porque no coma su juicio y condenación.

Había en una ciudad un clérigo que estaba en pecado mortal, y no por eso dejaba de comulgar cada día; y estando un día diciendo misa, ya que quería alzar, cuando pone las manos sobre el ara, vino fuego del cielo y quemóle ambas manos. Este y otros grandes males han acaecido por llegarse los hombres allí sucios. En un lugar estaba un hombre casado y era un mal hombre, que estaba en pecado mortal; y fue a confesarse con su cura, y él estaba en tal indisposición, que le dijo el cura que no comulgase; y no bastó esto, sino que otro día fue a comulgar entre otros. Cuando el cura le vio que venía a comulgar, no pudiendo hacer otra cosa, dijo: 'Dios juzgue entre mí y ti', porque, aunque el otro se

llegaba indispuerto, no puede negar el cura el santo sacramento al que se lo pide en público. Comulgólo, y luego, antes que acabase de pasar el Santísimo Sacramento, al instante cayó muerto, y llevaron los diablos su ánima; y abriéronle, y hallaron el Santísimo Sacramento en la boca. Yo sé de una persona que se llegó a comulgar con mala conciencia, y le fue dicho de parte de Dios que, si no rogara un santo del cielo por él, morirá en el altar, comulgando. ¡Dios nos libre de comulgar mal! *Quimanducat indigne, et bibit, reuseritcarnis et sanguinis Domini*. Dice San Ambrosio en este paso: 'Será castigado por la muerte del Señor, porque hace salir en balde su muerte; y también porque come en pecado, semejable a los que le mataron'.

¿Cómo comulgar bien?

-Padre, ¿pues qué remedio para comulgar bien? ¿Qué haríamos para llegarnos dignamente a recibir el Santísimo Sacramento? -Toda la vida había de enderezarse para el día que hubieses de comulgar; no había de haber otro cuidado sino: '¡Oh que tengo de comulgar!, ¿cómo viviría yo ahora sin ofender a Dios? ¿Cómo me guardaría yo limpio para el día que tengo de recibir a Dios?' Habían de guardarse los ojos, no hiciesen mal al alma; los oídos, de oír cosa mala, que dañarle pudiese; la lengua, de hablar; todos los sentidos se habían de guardar. Vive con cuidado. Dos días antes aparéjate, mira tu conciencia, acúsate de lo que te hallares culpado. Piensa un paso de la pasión cual tú quisieres; desmenúzalo, mira el amor con que Cristo lo padecía por ti, mira el tormento, las lágrimas, la sangre que por ti derramó; piensa en esto, que eso quiere decir lo que mandaba la ley, que comiesen el cordero *asado*. Piensa en Jesucristo asado en fuego de tormentos por amor tuyo. Eso es comer *asado*. Vete luego a confesar. Después de confesado, piensa antes que recibas el Santísimo Sacramento el paso mismo que pensaste antes; haz cuenta que tienes a Jesucristo delante de tus ojos atormentado, como le pensaste antes en tu rincón.

Confiesa antes, y no digas más de lo que te agravia tu conciencia. No seáis escrupulosos; ni miréis en unas nonadillas; no dejéis de comer por eso. Di: si tú dieses un manjar muy preciado a uno y, por un pelito que venía en él, no lo quisiese comer, el que esto hiciese, ¿qué dirían de él? ¡Ah!, hombres hay que entre el altar y el lugar donde se confiesan les levanta el diablo mil dudas y mil zancadillas, y de todas diz que se han de confesar, y no hacen sino ir y venir. No seáis así, dejá esas motillas; aunque se os acuerde algo allí, si no es pecado mortal, no os curéis de ello, que otro día lo confesaréis; dejad esas nonadas. No quiere el diablo más para hacerte dudar; no pares en esas niñerías, sino, confesando lo mejor que pudieres, llégate en paz a comulgar.

-Padre, ¿qué pensaré? - ¿No té lo dije? El amor con que Jesucristo se te da allí, el amor con que padeció por ti. Recíbelo.

(San Juan de Ávila, Obras Completas II, BAC, Madrid, 1953, Pág. 927-929)

Gustavo Pascual, I.V.E.

“El que coma de este pan vivirá para siempre”

Cuando Dios creó, hizo un lugar de delicias para el hombre, el paraíso terrenal[1], y en medio plantó el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal[2].

El hombre pecó desobedeciendo a Dios que le había prohibido comer del árbol del conocimiento del bien y del mal porque el día que comiese moriría[3]. El hombre no obedeció a Dios y comió del árbol[4], por lo cual, entró la muerte en el mundo[5]. Entonces Dios para que no comiese del otro árbol, el de la vida[6] lo mandó custodiar por un querubín[7].

El hombre lleva sobre sí la maldición de la muerte y ha buscado a lo largo de la historia librarse de ese yugo. Ha buscado sustancias químicas para vivir para siempre, ha hecho pactos con el demonio, se ha congelado para vivir más, ha hecho manipulaciones genéticas con tal fin, busca librarse y no puede...

¿Cuál es el remedio a la muerte y el secreto para vivir para siempre? La Eucaristía.

Tres pasajes del Evangelio:

“Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre”[8].

“El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna”[9].

“El que coma de este pan vivirá para siempre”[10].

¿Por qué la Eucaristía nos da vida eterna? Porque la Eucaristía es Jesús. Jesús es Dios, el Hijo eterno que ha tomado carne en el tiempo para morir en la cruz y su carne es la que comemos para vivir eternamente.

Jesús es la Vida[11], es la resurrección y la vida[12], es el pan de vida[13].

Y el que come a Jesucristo vive por Él, así como Jesús vive por el Padre[14].

Recibimos la vida de Dios en nosotros por la Eucaristía y esta vida es eterna. Recibimos al mismo Jesús, su presencia real “éste es mi cuerpo [...] ésta es mi sangre”[15], “el que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna”[16].

Recibimos al mismo Jesús sacrificado por nosotros “cuerpo entregado, sangre derramada”[17] y “el pan que voy a dar es mi carne para la vida del mundo”[18].

Recibimos al mismo Jesús bajo las apariencias de pan, como sacramento. “Tomad y comed [...] tomad y bebed”[19], “porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida”[20].

Es el verdadero pan, no como el maná que a pesar de haberlo comido los Padres murieron[21]. Es como el maná que posee todas las delicias. Porque la Eucaristía es el cielo comenzado y el cielo es la saciedad de todo lo que deseamos en esta vida. El cielo es la unión perfecta y eterna con Dios, la comunión con Dios para siempre. Eso es la Eucaristía cuando la recibimos.

“Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan vivirá para siempre”.

Jesús en la Eucaristía se nos da tal cual está en el cielo: cuerpo, sangre, alma y divinidad. Vivo, es decir, resucitado. Es el verdadero maná, el verdadero pan bajado del cielo. El que come a Jesús en la Eucaristía vive para siempre porque Jesús le comunica su misma vida divina, su misma vida eterna. Al recibir a Jesús sacramentado recibimos una prenda de la vida eterna. Recibimos el fruto del árbol de la vida y se nos deja expedito el camino a este árbol. El querubín que lo custodia deja paso a los cristianos que desean alimentarse de este árbol porque han sido llamados por el Padre celestial[22].

¿Vida eterna? Sí, vida eterna. Lo vuelve a repetir en el v. 58: “el que coma este pan vivirá para siempre”. Y ¿qué es este pan? Este pan es el cuerpo de Jesús. Y ¿qué es este vino? La sangre de Jesús. Es necesario comer el cuerpo y beber la sangre de Jesús para tener vida eterna. Y no nos escandalicemos como los judíos del tiempo de Jesús a quienes les dijo Jesús reafirmando esta verdad: “en verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna”. Es necesario comer la carne y beber la sangre de Jesús para entrar en comunión con Él y participar de la vida divina y por tanto de la vida sin fin.

Y ¿cuándo se nos dará la vida eterna? Ya se nos da en Jesús. “Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás”[23]. Se nos da en cada Eucaristía bien recibida porque en ella recibimos al mismo Jesús tal cual está en el cielo sentado a la derecha del Padre.

[1]Gn 2, 8

[2]Gn 2, 9

[3]Gn 2, 17

[4]Gn 3, 6

[5]Gn 3, 19

[6]Gn 3, 22

[7]Gn 3, 24

[8]Jn 6, 51

[9]Jn 6, 54

[\[10\]](#)Jn 6, 58

[\[11\]](#)Jn 14, 6

[\[12\]](#)Jn 11, 25

[\[13\]](#)Jn 6, 35.48

[\[14\]](#)Jn 6, 57

[\[15\]](#)Mt 26, 26.28

[\[16\]](#)Jn 6, 54

[\[17\]](#)Cf. Lc 22, 19-20

[\[18\]](#)Jn 6, 51

[\[19\]](#)Cf. Mt 26, 26-27

[\[20\]](#)Jn 6, 55

[\[21\]](#)Cf. Jn 6, 58

[\[22\]](#)Cf. Jn 6, 37

[\[23\]](#)Jn 11, 25-26

----- Guion -----

Guion de la Solemnidad de Corpus Christi - Ciclo A 11 de Junio 2023

Entrada:

Celebramos hoy la Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo. La Santa Misa renueva el sacrificio de Cristo en la Cruz y hace presente el Santísimo Cuerpo del Señor, con su Sangre, alma y divinidad. Participemos dignamente de este santo sacrificio y comulguemos con devoción su Santísimo Cuerpo.

Liturgia de la Palabra

Primera Lectura: *Deuteronomio 8, 2- 3. 14b- 16a*

El Señor crea con su Palabra y da vida a su pueblo con los mandamientos de su boca y con el maná que hace descender del cielo.

Salmo Responsorial: 147, 12- 15. 19- 20

Segunda Lectura: *1 Corintios 10, 16- 17*

Nuestra unión con Cristo, que es don y gracia, hace que estemos asociados a la unidad de su Cuerpo que es la Iglesia.

Secuencia

Evangelio: *Juan 6, 51- 58*

Cristo nos ofrece vivir en El eternamente, porque comer su Cuerpo y beber su Sangre es tener la garantía de la resurrección futura.

Preces:

Elevemos nuestras súplicas a Nuestro Señor Jesucristo que ha querido quedarse con nosotros para ser nuestra ayuda y asistirnos. Digámosle con confianza.

A cada intención respondemos cantando:

Por el Papa, y todos los sacerdotes de la Iglesia para que nunca pierdan de vista que su vocación sacerdotal es don y gracia que se alimenta en el misterio eucarístico. Oremos.

Por la paz del mundo, para que la adoración que se eleva hasta Dios en este día atraiga la misericordia que necesita la humanidad para vivir en santa concordia. Oremos.

Por las familias, para que la Eucaristía que es unidad, paz y amor de Cristo, los encamine hacia una comunión de vida más estrecha y profunda entre sus miembros. Oremos.

Por todos los miembros de nuestra Familia religiosa, para que la Eucaristía consolide nuestra caridad para permanecer unidos, santificándonos los unos por los otros. Oremos.

Señor nuestro, Tú que has hecho alianza con nosotros de manera tan admirable, escucha con benignidad las súplicas que te dirigimos y haz que te agradeamos siempre viviendo en una perpetua acción de gracias. Te lo pedimos a Ti que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

Ofertorio:

Participando del sacrificio eucarístico, ofrecemos a Dios la Víctima divina y a nosotros mismos juntamente con ella, y presentamos:

***Cirios**, para que la luz de la fe en Jesús vivo en la eucaristía brille en todos los hombres a quienes llevamos el Evangelio.

* **Pan y vino**, para que al ser consagrados nuestra fe reconozca, bajo las especies, a Cristo nuestro Cordero inmolado.

Comunión:

Por la Eucaristía se realizan las bodas de Cristo con el alma. Celebremos con gozo esta unión de amor esponsal con nuestro Divino Rey y Señor.

Salida:

La Virgen Santa, primera custodia y copón de Jesús eucarístico nos ayude a adorar su presencia en una prolongada y asidua acción de gracias.

*(Gentileza del Monasterio “Santa Teresa de los Andes” (SSVM) _ San Rafael _
Argentina)*